



Fantasma

Peter
Straub

He aquí una de las novelas más sensacionales de este maestro del género de terror. Se trata de la escalofriante historia de cinco amigos, uno de los cuales muere inesperadamente. Los que sobreviven se reúnen para contarse relatos de fantasmas. La llegada de una misteriosa y hermosa mujer hace que las pesadillas se conviertan en realidad. La población en la que viven empieza a ser víctima de apariciones, suicidios y hechos alucinantes. «Fantasmas» ha constituido un resonante éxito internacional y ha sido llevada al cine.

Para Valli Shaio y Gregorio Kohon

*El abismo era tan sólo uno de los orificios de ese pozo
de tinieblas que se halla debajo de nosotros, en todas
partes*

El Fauno de Mármol
Nathaniel Hawthorne

Los fantasmas siempre tienen hambre

R.D. James

Prólogo

HACIA EL SUR

1

¿Qué fue lo peor que hizo usted en su vida?

No se lo diré, pero le diré lo peor que me sucedió... lo más terrible...

2

Pensó que podría tener problemas al atravesar con la niña la frontera del Canadá, y tomó hacia el sur, eludiendo las ciudades y eligiendo las carreteras anónimas que eran como un país aparte, así como el viaje mismo era un país aparte. Esta semejanza lo reconfortaba y a la vez lo estimulaba, de modo que el primer día pudo manejar sin detenerse durante veinte horas seguidas. Comieron en McDonald's y en los mostradores que vendían gaseosas. Cuando tenía hambre, abandonaba la carretera y tomaba un camino estatal paralelo, seguro de que iba a encontrar un restaurante a unos quince o veinte kilómetros de distancia. Entonces despertaba a la niña y ambos mordisqueaban sus hamburguesas o sus chorizos con salsa picante. Y la niña nunca le hablaba, salvo para decirle lo que quería comer. La mayor parte del tiempo dormía. Esa primera noche, el hombre re-

cordó las luces que iluminaban las chapas de su automóvil y, aunque más tarde habría de comprobar que esto era innecesario, se apartó de la carretera y se internó en un oscuro camino rural el tiempo suficiente para destornillar las luces y arrojarlas a un prado cercano. Luego tomó unos puñados de barro de la banquina y embadurnó las chapas. Se limpió las manos en los pantalones, dio la vuelta hasta el lado del volante y abrió la puerta. La niña dormía con la espalda bien apoyada en el respaldo y tenía la boca cerrada. Parecía estar perfectamente tranquila. Todavía no sabía qué tendría que hacer con ella.

En West Virginia se despertó bruscamente y advirtió que durante unos segundos había estado manejando dormido. —Nos detendremos y dormiremos un poco—. Dejó la carretera más allá de Clarksburg y tomó un camino estatal, hasta que vio recortado contra el cielo un cartel luminoso que giraba y decía PIONEER VILLAGE en letras blancas contra el fondo rojo. Mantenía los ojos abiertos sólo mediante un esfuerzo de voluntad. No sentía bien st' abeza. Era como si las lágrimas estuviesen suspendidas detrás de sus párpados y como si muy pronto hubiese de echarse a llorar. Una vez en la playa de estacionamiento del centro comercial, condujo el automóvil hasta la hilera más alejada del portón y lo ubicó contra un cerco de alambre tejido. A sus espaldas había una fábrica de ladrillos que hacía réplicas de animales de plástico para publicidad..., para los camiones Golden Chicken. El patio asfaltado de la fábrica estaba ocupado a medias con gigantescos pollos y vacas. En el medio había un enorme toro azul. Los pollos estaban sin *terminar*, y eran más grandes que las vacas y de un opaco color blanco.

Delante de él había ese sector casi vacío de la playa y después estaban espesos grupos de automóviles en hileras. Por fin se veía la serie de construcciones bajas de color amarillento que constituían el centro comercial.

—¿Podemos mirar esos pollos grandes? —preguntó la niña. Don Wanderley hizo un gesto negativo.

—No bajaremos del auto —dijo—. Vamos a dormir un poco. —Cerró luego las puertas y levantó bien las ventanillas. Bajo la mirada impassible y sin curiosidad de la niña se inclinó, palpé debajo del asiento y retiró de allí un rollo de cuerda—. Extiende las manos —le dijo.

Casi sonriente, ella estiró las dos manitas cerradas en forma de puños. El hombre las juntó y arrolló la cuerda dos veces alrededor de sus muñecas, haciendo un nudo y seguidamente le ató los tobillos. Después de ver cuánta cuerda le quedaba, levantó el cabo sobrante con un brazo y con un gesto brusco atrajo a la niña hacia él. Usó la cuerda para atarse ambos juntos y por último hizo el nudo final, una vez que se hubo tendido en el asiento delantero.

La niña estaba encima de él, con las manos hundidas en su propio estómago y la cabeza apoyada en su pecho. Respiraba con tranquilidad, en forma regular, como si no hubiese esperado otra cosa que lo que él acababa de hacer. El reloj en el tablero marcaba las cinco y media y el aire comenzaba apenas a volverse más fresco. Estiró las piernas hacia adelante y reclinó la cabeza contra el respaldo. Con un fondo de ruidos de tránsito, se quedó dormido.

Y despertó, según imaginó, casi inmediatamente, el rostro cubierto de sudor, el olor levemente agrio y grasiento del pelo de la niña contra la nariz. Había oscurecido. Debía de haber dormido durante horas. No los habían descubierto. ¡Imaginar un instante que los hubiesen encontrado en la playa de estacionamiento de un centro comercial en Clarksburg, West Virginia, con la niña atada a su propio cuerpo! Lanzó un gemido, se volvió hacia un costado y despertó a la niña. Como él, se despertó del todo al instante. Con la cabeza echada hacia atrás, lo miró. No había temor, sino solamente intensidad en aquella mirada. Con mucha prisa él desató los nudos y apartó la cuerda que los unía. Cuando se irguió, sintió el cuello dolorido.

—¿Quieres ir al baño? —preguntó a la niña. Ella hizo un gesto afirmativo.

—¿Dónde?

—Junto al auto.

—¿Aquí mismo? ¿En la playa?

—Me oíste.

Imaginó otra vez que ella estuvo a punto de sonreír. Miró ese rostro menudo de expresión concentrada, enmarcado por pelo negro.

—¿Me dejarás? —preguntó ella.

—Tendré que tenerte de una mano.

—Pero ¿no mirarás? —Por primera vez, el rostro expresó preocupación.

Don negó con la cabeza.

La niña extendió la mano hasta la manija de la puerta de su lado, pero él volvió a mover la cabeza y tomándola de una muñeca se la retuvo con fuerza.

—*Por mi lado* —dijo y abriendo su propia puerta bajó, siempre aferrado a la muñeca huesuda de la pequeña. La niña, de siete u ocho años con pelo corto y negro y el vestido hecho de una tela delgada de color rosado, comenzó a deslizarse despacio hacia la puerta. No llevaba medias, sino zapatillas de lona azul desteñida con los bordes de los talones deshilachados. Con un gesto infantil, bajó primero una pierna y luego se desplazó sentada para sacar la otra fuera del automóvil.

La llevó hasta el cerco de la fábrica. La niña inclinó la cabeza hacia atrás para mirarlo.

—Me prometiste. Que no mirarás.

—No miraré —le dijo él.

Y por unos instantes no miró, sino que echó la cabeza hacia atrás cuando ella se inclinó, lo cual lo obligó a inclinarse a su vez hacia un costado. Sus ojos se posaron en los grotescos animales de plástico detrás del cerco. Luego oyó el rumor de algo, tela de algodón, que se deslizaba por la piel de la niña, y miró hacia abajo. Tenía el brazo izquierdo

bien extendido, para mantenerse lo más lejos posible de él, y se había levantado el vestido rosado hasta la cintura. También ella miraba los animales de plástico. Cuando terminó, dejó de mirarla, pues sabía que la niña lo sorprendería. Después de levantarse, se quedó esperando que el hombre le indicara qué debía hacer ahora. La arrastró de reveso al automóvil.

—¿En qué trabajas? —le preguntó la niña una vez allí.

Él lanzó una fuerte carcajada de sorpresa. Pregunta de reunión social.

—En nada —repuso.

—¿Adónde vamos? ¿Vas a llevarme a algún lado? Abrió la puerta y se apartó para dejarla subir.

—A una parte —dijo—. Claro que te llevo a alguna parte. —Subió y se sentó junto a ella, pero la niña se corrió mis hacia la otra puerta.

—¿Adónde?

—Veremos cuando llegemos allá.

Otra vez manejó toda la noche y otra vez la niña durmió la mayor parte del tiempo, despertando a veces para mirar por el parabrisas (dormía siempre sentada, como una muñeca, con sus zapatillas de lona y su vestido rosado) y para hacerle preguntas.

—¿Eres un policía? —le preguntó una vez. Más tarde, al ver un cartel de salida, le preguntó—: ¿Qué es Columbia?

—Es una ciudad.

—¿Como Nueva York?

—Sí.

—¿Como Clarksburg?

El hombre hizo un gesto afirmativo.

—¿Siempre vamos a dormir en el auto?

—No siempre.

—¿Puedo poner la radio?

Él accedió y la niña se inclinó para hacer girar el dial. Invasieron el auto los ruidos de la estática y dos o tres voces hablaron al mismo tiempo. La niña apretó otro botón y otra vez surgió el mismo silbido y mezcla de voces.

—Haz girar el dial —le dijo él. Con el ceño fruncido y una expresión concentrada, la niña hizo girar lentamente el dial. En un instante sintonizó una voz clara, la de Dolly Parton.

—Me encanta —le dijo.

Y así, durante horas avanzaron hacia el sur entre los ritmos y las canciones de la música regional, con estaciones que a veces eran débiles y otras fuertes, con *disc-jockeys* que cambiaban de nombre y de acento, con firmas patrocinantes que se sucedían en una lista en incesante movimiento de compañías de seguros, pasta dentífrica, jabón, el doctor Pepper, Pepsi-Cola, preparados para el acné, empresas de pompas fúnebres, vaselina, relojes de pulsera baratos, planchas de aluminio, champús contra la caspa. La música, en cambio, era siempre la misma, una historia enorme, artificial, una especie de épica repetitiva y sin límites fijos en la cual las mujeres se casaban con camioneros o jugadores empedernidos, pero permanecían al lado de ellos hasta que se divorciaban, y los hombres se sentaban en los bares planeando futuras seducciones ola manera de volver al pueblo natal, y se unían, en fin, con el ardor de almas ordinarias y se separaban llenos de hastío y se preocupaban por los eventuales hijos. A veces el automóvil no arrancaba, otras el televisor estaba roto, otras los bares se cerraban y echaban a los parroquianos a la calle sin un centavo en el bolsillo. No había nada que no fuese trivial, no había frase que no fuese un clisé, pero a pesar de ello la niña permanecía satisfecha e impasible, dormitando cuando estaba Willie Nelson y despertando con Lorena Lynn, mientras el hombre manejaba, simplemente, distraído por las interminables radionovelas dedicadas a las capas inferiores de los Estados Unidos.

—¿Oíste hablar alguna vez de un hombre llamado Edward Wanderley? —le preguntó una vez.

Ella no repuso, sino que lo miró con fijeza.

—¿Oíste hablar de él?

—¿Quién es?

—Era mi tío —repuso y la niña le sonrió.

—¿Y de un hombre llamado Sears James?

La niña movió la cabeza, sin dejar de sonreír.

—¿Y de alguien llamado Ricky Hawthorne?

Otra vez ella agitó la cabeza. Era inútil seguir preguntando. No sabía por qué se había molestado en preguntarle nada en primer lugar. Y era aun posible que ella nunca hubiese oído hablar de esos nombres. Sin duda nunca los había oído.

Cuando estaban todavía en Carolina del Sur, creyó que un patrullero lo seguía por la carretera. El automóvil policial iba unos veinte metros detrás, manteniéndose siempre a la misma distancia de ellos. Creyó ver al policía hablando por la radio. Inmediatamente disminuyó la velocidad unos diez kilómetros y cambió de carril, pero el patrullero no lo pasó. Sintió un profundo temblor en el interior del pecho y en el abdomen. Visualizó mentalmente al patrullero acortando la distancia, haciendo funcionar la sirena, obligándolo a estacionar en la banquina. Eran aproximadamente las seis de la tarde y la carretera estaba transitada. Él mismo sentía que lo arrastraba el ritmo de velocidad del resto del tránsito, que estaba a merced de quienquiera que estuviese en el patrullero, impotente, atrapado. Tenía que pensar. Lo arrastraban, ni más ni menos, en dirección a Charleston, llevado por la corriente de tránsito a través de kilómetros de tierras llanas cubiertas de maleza. Siempre se veían a la distancia los suburbios, miserables grupos de casuchas con garajes de tablonos. No recordaba el número de la carretera por la que iba. Por el espejo retrovisor, detrás de la larga columna

de automóviles, detrás del patrullero, un viejo camión lanzaba una alta columna de humo negro por un tubo semejante a una chimenea junto al motor. Tenía miedo de que el patrullero se pusiese a la par y que le gritasen «¡Estaciónese en la banquina!». E imaginaba a la niña gritando con su vocecita metálica: «¡Me hizo ir con él, me ata a él cuando duerme!». El sol del sur le castigaba la cara, se introducía en sus poros. El patrullero tomó el carril junto al suyo y comenzó a acercarse.

—Diga, ésa no es su hija. ¿Quién es la chica?

Y lo pondrían en una celda y comenzarían a pegarle, trabajando en forma metódica con sus bastones, hasta que la piel le quedase violácea.

Pero no sucedió nada de eso.

3

Poco antes de las ocho de la noche se detuvo en la banquina. Era un angosto camino rural, cuya tierra roja se apilaba a los costados, como si hubiesen excavado hacía poco tiempo. No tenía ya seguridad del Estado que estaba recorriendo, de si era Carolina o bien Georgia. Era como si dichos Estados fuesen algo fluido, como si —también los demás Estados— pudiesen fundirse los unos con los otros y proyectarse como *las carreteras*. Todo tenía un aspecto extraño. No estaba donde debía estar. No era posible que nadie viviese aquí, que nadie pudiese pensar en este paisaje brutal. Enredaderas poco familiares, verdes, llenas de tallos enmarañados, que luchaban por subir trepando por la zanja poco honda junto al automóvil. Hacía ya media hora que el tanque de nafta marcaba «vacío»... Todo estaba mal, todo.

Miró a la niña, la niña que había secuestrado. Dormía con su manera de dormir de muñeca, la espalda bien erguida contra el respaldo, los pies con sus zapatillas rotas colgando sobre el piso. Dormía demasiado. Quizás estuviese enferma... Quizás estuviese muriéndose...

Estaba mirándola cuando despertó.

—Tengo que ir al baño otra vez —dijo.

—¿Estás bien? ¿No estás enferma, no?

—Tengo que ir al baño.

—Muy bien —murmuró él y se apartó para abrirle la puerta.

—Déjame ir sola. No me escaparé. No haré nada, te lo prometo.

Miró la carita seria, los ojos oscuros contra la tez morena.

—¿Adónde podría ir, de todos modos? Ni siquiera sé dónde estoy.

—Yo tampoco.

—¿Y ahora?

Tenía que suceder alguna vez. No podía tenerla asida en todo momento.

—¿Me lo prometes? —preguntó, consciente de que era una pregunta

La niña hizo un gesto afirmativo y él dijo entonces:

—Muy bien.

—¿Y tú me prometes que no me dejarás aquí y te irás?

—Sí.

La niña abrió la puerta y bajó del automóvil. Apenas pudo contenerse para no mirarla, pero no mirarla era una prueba. Una prueba. Sintió deseos avasalladores de tener su manita aferrada en el propio puño. Podría trepar por la zanja, huir, gritar... pero no, no estaba gritando. Sucedió a menudo que las cosas terribles que imaginaba no se producían. El mundo daba una pequeña vuelta y las cosas volvían al curso de siempre. Cuando la niña volvió a subir al automóvil, sintió una ola de alivio... había vuelto a suceder

que no se hubiese abierto ningún abismo negro para tragárselo.

Cerró los ojos y vio un camino desierto, separado por líneas blancas, que se extendía delante de sus ojos.

—Tendré que encontrar un motel —dijo.

La niña se apoyó en el respaldo, en espera de que él hiciera lo que quisiera. La radio estaba encendida, pero con poco volumen y de ella partían ruidos intermitentes de una estación radial en Augusta, Georgia, el sonido de una guitarra aterciopelada y melodiosa. Por un instante, le invadió la mente una imagen, la de una niña muerta, con la lengua afuera y los ojos saliéndosele de las órbitas. ¡No le ofrecía resistencia! Luego se encontró por un instante parado —era como si estuviese parado— en una calle de Nueva York, alguna calle entre las cincuenta y tantas, al este, una de esas calles por las que las mujeres bien vestidas pasean sus perros ovejeros. Porque había una de esas mujeres, caminando allí. Alta, con vaqueros hermosamente desteñidos, una camisa cara y un bronceado parejo, que caminaba hacia él con los anteojos negros apoyados arriba de la frente. Un ovejero enorme marchaba silenciosamente junto a ella, agitando la cola. Estaba suficientemente cerca de ella como para ver las pecas por el escote entreabierto de la camisa.

Ah.

Pero luego volvió a sentirse bien, oyó la suave música de guitarra, y antes de poner en marcha el automóvil, palmeó a la niña en la cabeza y le dijo.

—Tenemos que conseguir un motel.

Durante una hora prosiguió mecánicamente la marcha, protegido por el manto de oscuridad, por la rutina de manejar. Estaba casi solo en aquel camino oscuro.

—¿Piensas hacerme mal? —le preguntó la niña.

—¿Cómo puedo saberlo?

—No me haras mal, creo. Eres mi amigo.